

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

la música, corazón de la tierra

HE puesto al tocadiscos el Concierto número 1 en mi bemol mayor, de Franz Liszt, y en el acto el ámbito ha cambiado de fantasmas. Allí estaban hasta entonces afinados los duendes del «twist», trasgos rebeldes y saltarines a los que mis hijos miman y dejan pupular de la mesilla al techo, del techo a los divanes, de los divanes al parasol de la piscina, temblorosa de reflejos y de azules. A los primeros compases del gran concierto del romántico todo quedó barrido. Se desató la música como un compendio definitivo del alma, como una voz única y poderosa que nos dijera de un golpe la verdad total y soberbia del corazón humano. Todo quedó barrido de pronto como si pasara un vendaval. Hacía mucho tiempo que no nos habíamos sentado a escuchar un concierto. Ahora estábamos a solas con los ecos y resonancias que eran la plenitud de nuestras propias cuevas y entresijos mortales. Y ello, con solo un instante de profunda soledad, en la integridad misma del silencio que se rompe, al atardecer, junto a los más triviales objetos de nuestra confortable existencia veraniega. Y techos, divanes, tornasol de las luces y del agua, todo quedaba diluido, transfundido en el poder musical y elocuente de aquella voz sombría, arrobada y pura. ¡Genio del bien, maravillosa síntesis!

No es preciso «pensar» en la música, sino sencillamente aureolarse en ella, sentirse sumergir en el mar de sus modulaciones. A medida que esa verdad indefinible se inflama y crece se va poco a poco desfibrando y amoldando nuestro ánimo. El intérprete, Rubinstein, confía al piano nuestra propia voz, la voz del alma humana, delicada y expresiva, sobre el fondo solemne de los violines y de los cellos. Entonces nos dejamos mecer en la dulce divagación.

Hubo un tiempo, un largo tiempo, en que el prodigio no podía ser gustado así, cómodamente arrellenado en casa. Era preciso trasladarse a una sala de conciertos, advertir, en los preparativos y antecipos de la gran eclosión, la dificultad recreadora. Ahora, las grandes piezas y los grandes intérpretes se nos dan sin antesala en los momentos en que los necesitamos. Al escucharlas, sin embargo, se nos manifiesta todo su contorno; entornando los ojos vemos, fluida, pero precisa, una gran sala de otro tiempo; y vemos sus figuras femeninas expectantes, suspensas en el delirio musical, trastornadas íntimamente por aquel fuego que es como un suspiro incontenible. En pocas situaciones está la mujer con tanta belleza como en una sala de conciertos. Las expresiones de emoción de los rostros femeninos, principalmente en aquella hermosísima edad en que ya se conoce el secreto de todas las cosas, son como una involuntaria confesión, como una inesperada entrega. Recordamos la palidez mortal y atrayente de la intérprete de «La sonata a Kreuzer», en la memorable novela de Tolstói. Asegura el novelista que hay un llamamiento sensual y telúrico en los acordes de una pieza maestra, si la compartan dos plenamente. Y en la gran escalada romántica de Franz Liszt hacia tremendos cielos, esa suprema confidencia se hace obsesiva.

Yo pertenezco al rango modesto de hombres que no precisamos de la música dodecafónica. A noso-

tros nos basta con la música de antes. No echaría nada de menos si el espíritu humano se hubiera quedado callado después de Debussy. Aún hay en ese maestro aquella tarde lluviosa tras los ventanales que hemos visto en Duffy, pintor, y que vimos en Proust, escritor y alma doliente. Aún en Debussy es expresivo el paisaje, porque está contaminado del estado del espíritu. Pero en ninguno como en los grandes románticos la trascendencia del espíritu se hizo tan patente, tan diáfana y actuante en el mundo exterior. En ellos, la tierra —los ár-

andorra, la vieja

La primera vez que pusimos los pies en Andorra, el pequeño país pirenaico, lo hicimos de vuelta de un largo rodeo por la Europa central; desembocamos en el país por su vertiente norte, es decir, por el «pas de la Casa». Nos pareció en aquella ocasión, fresca nuestra memoria de las tierras cruzadas, que Europa entera estaba construida por pequeños países, a los que las unidades políticas no habían logrado vaciar enteramente de la impronta y savia peculiares. De Ginebra a París habíamos cruzado, en la última etapa de nuestro viaje, toda la Borgoña de Este a Oeste, y habíamos paladeado el sabor ducal, patricio y unitario de sus vinos y de sus vertientes. Cruzado de Norte a Sur el macizo central de Francia, caímos, de Foix a Andorra la Vieja, por la pendiente escurridiza de los Pirineos hacia un recodo de la geografía y del tiempo que nos daba la clave de lo que Europa es y no dejará de ser en el porvenir. Ese escalón tremendo nos llevaba a un limbo sin pasado y sin presente, intemporal, en que la historia había quedado estancada y, en cierto modo, asumida. De pronto se nos ocurrió que los pequeños enclaves políticos —los cantones suizos, por ejemplo, o Lichtenstein o San Marino— son, en cierto modo, vértebras vivas de una espina dorsal europea, que tiempos atrás llevó la carnadura de Europa a una dimensión heroica y fuerte.

Veníamos de regiones tan cruzadas de huellas y pasos, tal era el acopio de catedrales que, como apariciones sublimes, habían señalado nuestro rodeo, que nos era fácil comprender por qué en el fondo del cálix estrechecido de los siglos había quedado el peso vivo de los pequeños países y landas europeas. Y las aristas, las crestas, los picos del Pirineo que salvábamos por la culebrante carretera —resbaladiza y desigual— parecerían entonces otras tantas agujas enormes de piedra edificadas por el hombre. La noche tenía, a su contorno, el silencio que tienen las naves de las catedrales. La piedra era gris, como en aquellas. Y la pincelada de la nieve trazada horizontalmente en lo más alto era el tono esclarecedor de las bóvedas ilustres.

Vista así, a medida que se va llegando, desde la cima, Andorra entera es un peldaño de la geo-

logía y de la historia. Parece inventada para que en el agua, en torrenteras, se solace y prosiga. Desde lo más alto hasta lo hondo, Andorra parece un regato de agua protegido por murallas y escondido por niebla.

Es desde ese lado, viniendo de Francia, que se advierte la estructura natural del país andorrano. Su espalda parece soportar, como la de un pequeño atlante, el peso del mundo moderno occidental, sin que sus nervios se resientan por ello. Hace una gracia infinita asistir en Andorra al despliegue más suntuoso de todos los objetos de la técnica moderna, a la exhibición, en los escaparates de las tiendas, de esos productos de lujo occidental, mezcla de adelanto utilitario y chisme de ornato y regalo, todo ello en esas largas calles que son la carretera misma y que hacen aparecer Andorra la Vieja y Las Escaldes, no muy distintas, sin embargo, a como debían ser algunos siglos atrás; es decir, en su capacidad de feria rural y de enclave comercial de la comarca. Es verdad que Andorra, con el salto vertiginoso del tiempo actual, no ha perdido ninguno de sus atributos de centro rancio de comercio y de cruce de caminos, por donde trajinantes más o menos dotados del espíritu de aventura llegaban a ofrecer la última novedad. Esta mezcla de mundo antiguo y de vida actual es el mayor encanto de Andorra.

La técnica moderna y sus grandiosos instrumentos han llegado a modificar la apariencia en grandes superficies del mundo occidental; la ingeniería da en ocasiones un nuevo perfil a las tierras. Algunas veces hemos temido por la suerte de la belleza permanente de las tierras de Europa. Debemos ir a determinados recodos de la orografía europea para contemplar la permanencia de las formas naturales, al abrigo de las transformaciones que a menudo exige el progreso. A nosotros nos parece que nunca los valles de Andorra podrán perder su categoría sustancial. Por eso leíamos días atrás con zozobra las noticias sobre determinadas fricciones y tiranteos en el seno del gobierno ambivalente de los valles. Es preciso que, al igual que los demás pequeños países que nos quedan, sea Andorra una reliquia inmutable entre tantos descalabros como ha sufrido ya el viejo mundo y contra las amenazas del porvenir.